

LETRAS JUDÍAS Y ÁRABES EN CHILE: OTROS COBIJOS

RODRIGO CÁNOVAS

Pontificia Universidad Católica de Chile

rcanovas@udec.cl

RESUMEN

Este trabajo consiste en una lectura comparada de la literatura escrita por judíos y árabes en Chile (los inmigrantes y su descendencia) en torno a su experiencia. Si los relatos árabes se presentan como una gran saga familiar que celebra un destino (Chile, la nueva casa), los relatos judaicos se dedican a recordar un origen que se ve amenazado, concibiéndose como genealogías diaspóricas. En ambas literaturas se reflexiona sobre el prejuicio y la alteridad, proponiéndose nuevos espacios de acogida, distintos de los originales y recreándose imágenes híbridas culturales que conmueven una identidad chilena sentida como fija y monovalente.

Palabras clave: literatura escrita por judíos en Chile, literatura escrita por árabes en Chile, identidad chilena.

ABSTRACT

This work consists in the comparative reading of Chilean literature written by Jews and Arabs in Chile (the immigrants and their descendants) regarding their experiences. On the one hand, Arabic tales recount the family saga celebrating Chile as a definite destiny (as the new home), and on the other hand, Jewish tales deal with the remembrance of origins, by composing diasporic genealogies. Both writings refer to prejudice and otherness, proposing new roots, and generating hybrid cultural images that challenge the fixed and homogeneous Chilean identity.

Keywords: literature written by Jews in Chile, literature written by Arabs in Chile, Chilean identity.

Recogiendo el mandato ético de la sociedad chilena actual para inquirir sobre las diversas sensibilidades que siempre nos han conformado, ensayaremos un diálogo entre sus voces árabes y judaicas, de las convergencias y divergencias de sus relatos, sus sujetos, sus tradiciones y de las visiones que presentan sobre nuestra nación. Voces inmigrantes que iluminan de un modo melancólico y festivo las mezquindades de la condición humana: la prescindencia del otro, los prejuicios étnicos y religiosos, el daño psicológico; pero también, la búsqueda de una trascendencia ligada al

destino de una comunidad –en este caso, a microcomunidades que señalan rutas alternas para el viaje¹–.

A continuación otorgaremos una introducción sobre los procesos de inmigración de estos grupos comunitarios, para luego realizar una lectura comparada de sus relatos literarios.

Antisemitismo y turcofobia

América, América, América, América.
Cuatrocientos millones de personas emigran

Rodrigo Cánovas

Profesor Titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile. De sus ensayos, antologías poéticas y recopilaciones críticas destacan sus libros *Literatura chilena y experiencia autoritaria* (1986), *Guaman Poma: escritura y censura en el Nuevo Mundo* (1993), *Novela chilena: nuevas generaciones* (1997), *Sexualidad y cultura en la novela hispanoamericana* (2003) y *Literatura de inmigrantes. De árabes y judíos en Chile y México* (2011).

¹ Desde la semiótica de la cultura, rescatamos aquí un planteamiento de Walter Rector sobre tipologías de la cultura, que subraya la posibilidad de describir grupos humanos que se constituyen desde reglas divergentes de los códigos centrales, marcando así otros límites: «Culture is the arena of interplay between restrictions and transgressions, between the extension and its limits, between the code and the subcode, all of which emerge from bound areas of differences. A typological description of culture does not imply the description of the dominant culture alone. The notion of the subcode distinguishes the subgroups which have their own codes and coding systems, and which relate to the overall official culture as subsystems relate to systems: they decrease the cultural redundancy created by the reification of either implicit or explicit boundaries» (Rector, 1976, p. 376).

2

Para un panorama sobre la inmigración árabe, véase Kabchi (1997). Para la inmigración judaica, véase Elkin (1998). La única versión histórica y cultural comparativa que conocemos es la de Klich (2006).

3

Para datos del primer y más exhaustivo censo realizado por la comunidad, véase Mattar (1941). Una buena monografía sobre los árabes en Chile es la de Olguín y Peña (1990).

4

Un valioso material sobre el prejuicio sobre los árabes aparece expuesto en el trabajo de Rebolledo (1994).

5

El material inaugural sobre esta inmigración es el de Senderey (1956), que fue un rabino argentino a quien se le encomendó la tarea de escribir esta primera historia. Para datos de la segunda mitad del siglo XX, véase Matus (1993).

hacia tierras de ultramar entre 1815 y 1914, siendo su destino primordial el continente americano, de baja densidad poblacional, con necesidad de mano de obra y bajo el aura de una tierra de promisión². Desde el Levante, desde fines del siglo XIX llegan los *turcos*, de habla árabe, pertenecientes al imperio otomano, que mantuvo el control político de esa zona desde 1516 hasta la Gran Guerra. Gentes que viven en la llamada Gran Siria (que incluye a los que después se les llamará palestinos, sirios, libaneses e israelíes), y también, en otra extensión de ese mismo imperio, los sefarditas de Macedonia y Estambul (que mantenían aún el ladino). La mayoría que llega a América es cristiana o judía, que sufre con mayor rigor la opresión del imperio y los conflictos religiosos (la convivencia conflictiva con la vasta población musulmana) y que está en mayor contacto con Occidente a través de las iglesias y los colegios cristianos, y la actividad comercial con los agentes europeos.

En el caso de los judíos ashkenazis, la primera ola migratoria, también desde fines del siglo XIX, proviene de Europa del Este y preferentemente de ese gran ghetto de la Rusia zarista que se denomina el Palio de Residencia, en la región de Ucrania; migración causada por condiciones muy deplorables de vida en el ámbito económico y espiritual (pobreza, persecuciones y matanzas).

Así como en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX hay grupos de extranjeros que se les invita a colonizar tierras (la colonización alemana en el Sur) y también a incluirse en la industria como técnicos y obreros en una inmigración selectiva que involucra dación de tierras y recursos económicos de instalación e infraestructura; así también durante ese periodo se produce una inmigración espontánea que incluye a españoles, italianos, ingleses, franceses, yugoeslavos; además de los llamados *turcos*, de indumentaria estafalaria y hablando un lenguaje —el árabe— que causa risa. Sin apoyo estatal, con mínimos ahorros se insertan en el flujo del comercio ambulante.

Los árabes que llegan a Chile proceden de la Gran Siria, originarios de tierras palestinas, sirias y libanesas. Según el Censo de la comunidad árabe de 1941, aproximando cifras, un 50% era de procedencia palestina, un 30%, siria y un 20%, libanesa. La gran mayoría era cristiana, siendo ortodoxos (palestinos y sirios) o maronitas (libaneses) y durante las

primeras generaciones se mantuvieron en sus credos particulares; pero más adelante, se hacen católicos —constituyendo los matrimonios mixtos un elemento esencial en este desplazamiento³—.

En el proceso de integración a los códigos culturales chilenos, sufren graves pérdidas simbólicas, como la lengua árabe y un daño psicológico, la *turcofobia*, que se va reparando durante el transcurso del siglo XX, hasta constituirse en la memoria comunitaria inmigrante como un mal recuerdo y según la autopercepción de esa comunidad, felizmente superado⁴. Siendo estos inmigrantes y sus descendientes un grupo asimilado, mantiene marcas singulares de apego a una cultura de origen, desde la recreación de la familia como una amplia red afectiva y solidaria —la *colmena árabe*—, de carácter local y global. Así, en una encuesta a la población chilena de origen árabe acerca de su autodefinición identitaria, un 65% se consideró chileno-árabe, un 13% árabe-chileno y un 12% chileno a secas (Agar, 2006).

La primera ola de inmigrantes judíos a Chile proviene de Europa Oriental —huida ashkenazi, pueblo de habla idish, desde la Rusia zarista, Polonia y Lituania— y desde Macedonia y sitios aledaños del imperio otomano —partida sefardita, de habla ladina, desde Monastir, Esmirna, Salónica y Estambul—. Al igual que los árabes, muchos llegan a la República Argentina y luego se aventuran hacia el otro lado de la cordillera, en una extensión azarosa de su punto de destino. La siguiente ola migratoria ocurre en la Era Nazi (1933-1945), la mayoría desde Alemania. Los ashkenazis constituyen alrededor del 85% de los judíos en Chile, teniendo una procedencia más diversificada que la de los sefarditas, grupo de composición interna y de relaciones de parentesco más estrechos⁵.

El antisemitismo —sentimiento muy arraigado en las sociedades latinoamericanas, de cultura católica— es un factor relevante en la presentación de este grupo de inmigrantes. En Chile, lo común es que no ostenten su pertenencia al pueblo judío, al menos en sus instituciones, hasta 1919, cuando celebran su Primer Congreso Judío, donde acuerdan agregar el vocablo *israelita* a sus revistas y corporaciones. Durante los años 30', la comunidad judía mantuvo una actitud no confrontacional con los gobiernos chilenos, negociando de modo cauteloso cuotas de entrada para los persegui-

dos en el Viejo Continente. Lo cierto es que el prejuicio antisemita en esta época fue débil si lo comparamos con el de otros países (como en México) y hubo amplias demostraciones de solidaridad, especialmente durante el gobierno del Frente Popular (1938- 1941). Aún así, la mirada prejuiciosa no desaparece del todo durante el transcurso del siglo XX.

Según fuentes bibliográficas mosaicas, existe un fenómeno de asimilación innegable, avalado por el alto número de matrimonios mixtos (más del 50%). Aun cuando durante el siglo pasado se dio una débil participación religiosa y comunitaria; en la actualidad existe un reverdecer de la matriz religiosa judaica, a través de la constitución de movimientos ortodoxos con gran participación juvenil.

Siendo la población chilena de alrededor de 15 millones de habitantes, se cuentan 20.000 judíos y en una estimación muy conservadora, no menos de 100.000 de descendencia árabe, siendo la colonia palestina la más numerosa fuera del mundo árabe. Desde su llegada, compartieron actividades económicas muy similares, iniciándose en el comercio de modo muy modesto, para luego continuar en la industria textil y en la banca. Parte de la turcofobia y del antisemitismo se vieron alimentados en tiempos del Centenario de la República hacia 1910 y en las dos siguientes décadas por su dedicación al comercio (y no a la pesca, minería y agricultura), que supuestamente no otorgaba valor agregado al país; además de la acusación de establecer una competencia desleal con el comercio nacional al vender la mercadería a precios más baratos.

Ahora bien, el prejuicio tenía también una fuerte base en una tipología sociológica de las razas, en la cual los semitas (los pueblos hebreos y árabes, hijos de Sem según la tradición bíblica) ocupaban los niveles más inferiores. La mirada despectiva de antaño a judíos y árabes parece recaer en el inicio de este siglo XXI en los coreanos y peruanos –rubricados como asiáticos e indígenas–, nuevos inmigrantes que han llegado a Chile en busca de oportunidades.

Si bien en Chile la convivencia de ambos grupos ha sido positiva, es innegable que el conflicto palestino-israelí ha empezado a horadar la sólida hermandad de la primera mitad del siglo XX, pues ambas comunidades tienen fuertes sentimientos ya sea con Israel (fundamental para la identidad judía chilena desde la Declaración de Balfour en 1917) o con la

causa de los palestinos y la situación extrema de los campos de refugiados.

Sagas familiares y genealogías diaspóricas

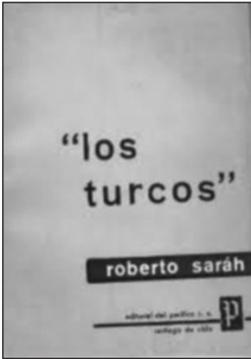
Al comparar el corpus de ambas series de textos chilenos, constatamos que comparten el formato biográfico y testimonial en sus diversas variantes (memorias, autobiografías, diarios de viaje); incluyendo aquí normalmente una voz comunitaria, traducida en sagas, cuentos de la tradición y romances nacionales. Existe, por cierto, el ejercicio literario personal; pero nunca es estrictamente intransitivo: está siempre conectado con las certidumbres e incertezas de una filiación comunitaria (la judía, la árabe).

Ahora bien, la serie arábiga chilena está constituida por una decena de relatos que desde el presente conforman claramente una unidad, al modo de una teleología (del porqué partieron desde las tierras del Levante, de cómo llegaron a este confín del mundo y de cómo se *aguacharon* aquí). Estos relatos de la experiencia árabe aparecen de modo intermitente en el tiempo, pero cada texto se eslabona con cierta naturalidad con el siguiente, proponiéndose finalmente como un todo orgánico⁶. Esta serie distingue un texto matriz, *Memorias de un emigrante* (1942), escrito por Benedicto Chuaqui, de origen sirio⁷.

La serie judaica es mucho más numerosa: una veintena de textos escritos en su mayoría en los últimos años, coincidentes con la postdictadura chilena (es decir, a partir de los años 90⁷ del siglo pasado). Variados relatos de distinta factura irrumpen en estas dos últimas décadas; escritores de diversas edades que *hacen memoria* al cierre y al inicio de un ciclo: quinientos años del descubrimiento de América (que coincide con el inicio de la diáspora con el edicto de expulsión de los Reyes Católicos); apertura política y cultural en Chile; nuevas posturas del Yo y resurgimiento de microidentidades étnicas y religiosas. Cuatro generaciones convergen en un taller literario de todas las edades: Beinich Peliowsky (nacido en 1915 y recientemente fallecido, en 2009), Alejandro Jodorowsky (1929), Marjorie Agosin (1955) y Andrea Jeftanovic (1970), entre otras voces; donde las más jóvenes ensayan una literatura de carácter más experimental. Aun cuando existe un claro hilo conductor en este corpus –la recreación de la memoria judaica que gira en torno a

6
Para una lectura de los materiales literarios sobre la experiencia de la inmigración árabe en Chile, véase Samamé (2003), y Cánovas (2006).

7
Benedicto Chuaqui, *Memorias de un emigrante*, Santiago, Zigzag, 1995. Fue publicado por primera vez en 1942.



Los turcos de Roberto Sarah.

8
Una visión panorámica sobre las letras judaicas en Chile es presentada en el libro de Rodrigo Cánovas y Jorge Scherman (2010), *Voces judías en la literatura chilena*, Santiago.

las diásporas y al holocausto—, su relato no podría representarse como una línea continua (un todo, con principio, medio y fin, según terminología aristotélica); sino como una serie de discontinuidades que bosquejan un paisaje difuminado, sostenido por las voces de una tradición histórica y teológica. No existiendo una causa final evidente (Chile es una casa donde aparecen confundidos el refugio y el desarraigo), el sostén es una causa primera, ligada al acto de recordar y de escribir⁸.

¿Cómo singularizar estos relatos, cómo distinguirlos, cómo titularlos? En el caso árabe, estamos en presencia de una *saga familiar y comunitaria*, de las increíbles peripecias por las cuales su gente ha debido pasar para conquistar el corazón de los chilenos; una historia de risas y quebrantos que llega a buen fin y que merece ser escuchada por la comunidad nacional, a la cual ahora se pertenece en propiedad. Instalados en el suelo chileno, habiendo logrado prosperar, estos sujetos (inmigrantes, hijos y nietos) aspiran a un reconocimiento simbólico: que su historia sea leída, entendida e integrada como un capítulo (aunque sea menor) de nuestra historia y nuestras letras. Y siendo chilenos en propiedad, también establecen un complejo diálogo con sus tradiciones del suelo natal en el ámbito cultural —y aquí, la voz de la mujer comienza a alzarse en relatos muy recientes, aparecidos en este nuevo siglo XXI—.

Cual grupo de cuentos folklóricos que narran la experiencia del viaje de un héroe comunitario (que en este caso, se contenta con la ruta de ida), esta saga arábiga chilena distingue los siguientes momentos: una Situación Inicial (el *ilblad*, el terruño: el acogimiento natal) / la Partida Marítima (el viaje en barco desde las tierras del Levante, pasando por el estrecho de Gibraltar, para llegar a tierras sudamericanas) / el Cruce del Umbral (el heroico paso por la cordillera de los Andes, a lomo de mula y después con el tren trasandino) / el Cambio de Nombre (la humillante denominación de *turcos*) / la Tienda (la casa árabe acriollada de estos inmigrantes) / los Amores Fieles o Infieles (la difícil elección entre mujeres de origen árabe o chileno: la tradición transgredida) / la Adopción (afincarse en el país, único destino) / el Regreso Imposible (no hay vuelta atrás) / y finalmente, la Escritura de los Nuevos Orígenes (la reflexión sobre las conexiones entre *el acá* y *el allá*: las identidades suplementarias).

¿Quiénes son los héroes que animan estos relatos, cuáles sus ansias? Son almas *caseras*, gentes que anhelan ser bien aceptadas y queridas en la nueva comunidad. En su primer testimonio, el del sirio Benedicto Chuaqui, escrito hacia 1942, su autor cuenta sus peripecias en un barrio popular de Santiago de Chile, donde llega a inicios del siglo XX desde la remota Homs, siendo casi un niño. Son historias del *guachito querido*, escritas en tono humorístico, que escenifican el prejuicio (cosas de *reír* y *de llorar*, como las llama el autor); pero que lo subliman ante la real posibilidad de incluirse en el flujo vital de una sociedad moderna, que otorga una libertad individual difícil de imaginar en las tierras del imperio otomano. La calle (del precario vendedor ambulante) y luego la tienda son espacios dialógicos y populares, que se abren como miradores hacia un mundo cambiante y variopinto. Chuaqui escribe este relato muchas décadas después de haber llegado al país en señal de agradecimiento. Pero indudablemente, todavía quiere agradar; además de otorgar señas sobre sus orígenes. Quizás ahora, que es un comerciante respetable y un hombre de letras, lo puedan escuchar con más atención. Así, este *adoptado* por la familia chilena (a pesar de haberse casado con una *paisana* traída de sus tierras) nos informa sobre su ciudad natal, sus usos y costumbres, y de paso ensaya un amplio repertorio léxico de la lengua árabe.

Siendo esta saga celebratoria de la nueva casa; hay sin embargo una novela que descarga toda su rabia sobre la sociedad americana por su espíritu intolerante ante estos extranjeros, que les impide ser felices. *Los turcos* (1961), de Roberto Sarah, narra las vicisitudes de las familias inmigrantes y de sus hijos nacidos en Chile, quienes se presentan como *feos melancólicos*. Entrarán a la casa chilena en calidad de *monstruos*, quienes contaminan lazos de sangre, criterios de belleza y también alteran el orden político y social. Si Chuaqui pretende seducir, Sarah agrade a los lectores (chilenos), presentando además la tierra americana como un espacio irredento, donde se sepulta la espiritualidad árabe.

Saga del acogimiento árabe que, entonces, presenta aquí una falla en medio de su tejido (falla supuestamente reparada en un tiempo anterior, en el testimonio de Chuaqui); tejido que sin embargo se mantendrá impecable en los textos siguientes, al menos en cuanto a

la *turcofobia* como estigma de estos inmigrantes.

Pasadas las primeras pellejerías de la instalación, superada la ola del perjuicio, hacia el final del siglo XX viene la exhibición de un amplio árbol genealógico que muestra las distintas formas de afincamiento en Chile, señalando ahora las rutas de viaje internas americanas –el grupo familiar desplazándose desde Cochabamba a Iquique y las siguientes generaciones, volviendo a zonas andinas o emigrando a la capital y a Valparaíso. Nos estamos refiriendo a la novela *El viajero de la alfombra mágica* (1991), de Walter Garib, donde se honra al tronco fundador de una estirpe americana mestiza (el buhonero analfabeto que llegó de lejanas tierras y fundó una estirpe criolla). La novela parte el día después de una fastuosa fiesta otorgada por uno de los descendientes de los Magdalani (quien especula sobre el posible ancestro gálico de su apellido palestino), que ha tenido un final desastroso y humillante: los invitados, jóvenes de la aristocracia criolla, hacen añicos muebles, cuadros y lozas, haciendo mofa del arribismo de esta familia. Desde este escenario se despliega la fascinante historia de la familia Magdalani, cuyas ramas más vitales se nutren de historias de amor de descendientes de árabes con gente nativa o proveniente de otras migraciones; sin que ello vaya en desmedro de una raíz plantada en el Levante.

Así, a los cuadros pintoresquistas de Chuaqui, que exhiben un muchacho sirio que se gana la simpatías chilenas; le siguen los murales grotescos de Sarah que pintan los rostros desfigurados de los excluidos; para finalmente, en un formato neorrealista con visos mágicos, concluir con un linaje americano, cuya padre fundador (a la manera de los Buendía) es el esforzado e ingenioso buhonero árabe. Aquí en Garib, se otorga un recordatorio a los lectores paisanos, para que resistan la orden de *blanqueamiento* (ser de orígenes europeos), que cruza por lo demás a la nación chilena desde su fundación.

La saga árabe se sigue escribiendo en este nuevo siglo, con la aparición de un nuevo personaje que bien puede dislocar una íntima feliz historia familiar. Ahora la protagonista es una mujer; específicamente, la hija o la nieta, quien vuelve a contar toda peripecia apuntando ahora la cámara hacia las mujeres de su estirpe. Así, Edith Chahín ha escrito dos textos sobre la identidad de la mujer árabe, de

carácter complementario. En *Nahima* (2001), la autora relata la emigración de su familia siria hacia Chile hacia 1912, fijando atención en su madre. Desde un formato semejante al folletín histórico, donde se incluye gran variedad de datos sobre la inmigración árabe y su cultura, la autora dota de un pasado heroico a su progenitora. Sin embargo, esta biografía apenas esconde el libre alegato de la hija sobre una generación de madres condenadas al *pasivismo femenino*, producto de costumbres ancestrales. En la misma fecha en que unos miembros de la familia siria emigran a América, hay otros que se quedan y emprenden las luchas de liberación, contra el opresor otomano. *Fadua* (2004), de la misma autora, es un relato de aventuras de marcado carácter alegórico animado por una joven *loca de amor* en busca de la liberación de su amado (líder de la emancipación), que es guiada por una maga en los territorios de la Gran Siria. La pasividad de la mujer es sustituida aquí por el loco amor y la astucia, en un relato de gran inventiva, que se emparenta con las historias maravillosas bizantinas. Constatemos que *Fadua* (que significa Sacrificio en árabe) es un personaje montado en la figura de la tía de la autora.

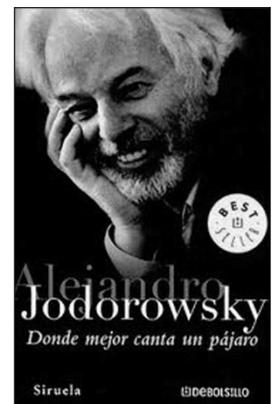
Por último, mencionemos el surgimiento de una imagen fuerte (muy poderosa) de mujer, la matriarca árabe –en el Levante y en este confín del mundo–, que es exhibida en la novela biográfica *Raíces de arena y olivo* (2008), de Alicia Jacobs, que gira en torno a una abuela libertaria, posesiva y brutal.

Si la saga arábiga se constituye desde su punto de destino, como la celebración de una nueva casa, conformando un relato lineal; los textos judíos siguen una huella, desandando las rutas de su migrancia, en un ejercicio en que se constata la pérdida en medio del deseo de permanencia. Es la persistencia en el origen, sagrada o huérfana, reinventada o denegada. Así, a la saga le corresponde aquí, en la escritura judía, las *genealogías diaspóricas*, diseñadas en árboles genealógicos y en álbumes de familia.

Un modelo de árbol genealógico (de raíces diaspóricas) es exhibido en la novela *Donde mejor canta un pájaro* (1994) de Alejandro Jodorowsky, en la cual la historia familiar se remonta a la expulsión de los judíos de su Sefarad, desandando las rutas de su dispersión en la geografía moderna (los guetos de Varsovia, el Palacio de Residencia en la Rusia



Cubierta de *Fadua*



Cubierta de *Donde mejor canta un pájaro*



Marjorie Agosin

zarista, las pampas prometidas argentinas y luego, los conventillos chilenos). Como reza el título de este relato alegórico y surreal, es necesario despejar el origen. Por ello, el personaje autobiográfico (el mismo autor) se esmera en recontar una historia (traumática) comunitaria, la cual le permitirá literalmente nacer hacia el final de la primera parte del libro (esta voz lucha por la unión de sus futuros padres, hasta que los enlaza).

Árbol lleno de injertos (el mismo apellido Jodorowsky es un préstamo que le permite a la familia abandonar Ucrania), que expone al lector la faz judía de la Modernidad –persecuciones, destierros–, el daño soportado y su posible reparación desde el pensamiento paródico, anestesia lúdica para una existencia acosada. Novela que compendia la historia de un pueblo, cuyos personajes constituyen no sólo vidas sino también líneas de pensamientos y de emociones encontradas que dialogan con diversas tradiciones judías y que escenifican un sujeto que sólo se alimenta de voces interiores (la conciencia judía), siendo el exterior una especie de cárcel o desierto.

Hay libros que presentan sus acciones a la manera de un álbum familiar, coleccionando recuerdos, atesorando pensamientos e imágenes, y rescatando retratos casi esfumados en el tiempo. Es el ejercicio de la memoria desde la recolección de sus fragmentos. Así, en el relato (auto)biográfico *Sagrada memoria* (1994), de Marjorie Agosin, la hija rescata algunos capítulos de la niñez de su madre Frida, ocupando la primera persona gramatical, como si la acunara (la hiciera volver a nacer, haciendo público una historia silenciada: el prejuicio sufrido). Una de las páginas centrales de este álbum se centra en la ciudad de Osorno en los años 1936-1938, donde Frida es tratada por las niñas del vecindario como *perra judía*. Se trata, entonces, de incluir en la memoria el trauma: el estigma constituye la identidad judía, recreándose como una marca sagrada (sagrada memoria).

Álbum rescatado del incendio, páginas salvadas que aluden a una historia que se repite (Osorno es un pueblito alemán nazi), retazos robados al espíritu diabólico, al Mal que circunda la condición humana. Indiquemos finalmente que el trascendental apego al origen queda revelado en el subtítulo de esta obra: *Reminiscencias de una niña judía en Chile*. Estos recuerdos de madre e hija (exhibidos en un lenguaje poético que opera como bálsamo

de un alma herida) incluyen los recuerdos de muchas generaciones, que repiten tenuamente una matriz original (en clave platónica, el Alma judía), la cual nos sostiene iluminando nuestras certezas.

Si los árboles genealógicos y los álbumes de familia de estos relatos dan cuenta de un origen trascendental desde una voz comunitaria, los textos de las escritoras más jóvenes se esmeran en crear *escenografías* que funcionan como sustitutos de los blancos de la memoria y de la imposibilidad de identificarse plenamente con los discursos de la tradición. Existe un sentimiento de orfandad (familiar, existencial, teológica), que hace que el sujeto se conciba como una isla (un individuo) y que busque un soporte existencial desde su destino de artista. Así, ante las supuestas fallas genéticas de las causas naturales, se construyen artefactos que las reparan y sustituyan. *Poste restante* (2001), de Cynthia Rimsky, es un registro del viaje de Cynthia hacia diversos puntos del mapa mencionados en un álbum familiar que ella compra y usa como si fuera el suyo. Premeditado viaje de desencanto, donde se constata la imposibilidad de tocar el origen (se visita también Israel, desde la mirada de una turista mochilera), que le permite, sin embargo, hacer anotaciones y llevar una libreta personal de apuntes, las cuales constituirán la materia prima para la confección de un libro-objeto a la vuelta del periplo, ya reinstalada en Chile. Hay, por cierto, ansias de infinito, que no son colmadas por los discursos utópicos de carácter teológico o político. Sólo un libro, propuesto como una Instalación Plástica, que actúa como soporte y remitente.

Escenario de guerra (2000), de Andrea Jftanovic, también aparece sustentada por la marca de orfandad, que obliga a la sujeto a inventar juegos que le permitan proyectarse en la vida. Sin sostén afectivo familiar y temiendo repetir situaciones traumáticas (ligadas a guerras y daños psicológicos irreparables, en clave judía), la protagonista de esta novela emprende un viaje hacia tierras paternas marcadas recientemente por el exterminio para despejar parte del puzzle familiar; pero la sanación proviene de otra aventura emprendida, la de actuar un guión y de mantener un cuaderno azul donde se rediseñan roles y personajes. En ambas escritoras, la virtual fragmentación de sus protagonistas logra ser controlada desde el diseño de una obra: la pregunta por el origen es respondida de un modo personal,

desde un proyecto artístico. Respuesta que no es excéntrica a la cultura mosaica –los judíos conformando *el pueblo del Libro*–; aquí, dos textos vanguardistas que dan cuenta de una frágil y evasiva memoria diseñada en tiempos de desencanto.

Como hemos señalado, la saga arábica enuncia a sujetos querendones de la tierra de adopción, salvo excepción: son los *caseros*, instalados con modesta prestancia en la vecindad. Esta imagen fija contrasta con la del *judío errante*, que acompaña a las genealogías diaspóricas judías; subsumiendo incluso a quienes busquen aquí su acuñamiento final.

Las biografías que destacan esta errancia proponen a Chile como un lugar expulsivo, que obliga a los inmigrantes o sus hijos a emprender azarosas rutas de viaje, cumpliendo así con un destino histórico no necesariamente anhelado. Una historia ejemplar es *Always from Somewhere Else. A Memoir of my Chilean Jewish Father* (1998), de Marjorie Agosin, donde la hija presenta la figura de su padre médico (hijo de inmigrantes azkenazis), que se ve obligado a renunciar a su trabajo como investigador en la Universidad de Chile por injustas acusaciones políticas en tiempos de las revueltas estudiantiles a fines de los años 60, instalándose en Georgia, USA; habiendo fracasado previamente su posible inserción en Israel. Para los Agosin, la Historia de la Humanidad gira en redondo, jugando a desplazar a los judíos, no importando tiempo ni lugar. Relato escrito en español, lengua materna de la autora (que acompaña en su exilio a sus padres), es publicado sólo en su traducción al inglés, como si la errancia censurara también el sitio original de la enunciación lingüística. Texto reivindicativo del padre, que se constituye desde los escasos márgenes que le fijan tanto la cultura católica como la marxista en Chile; y la cultura utilitaria y prejuiciosa contra el latino en Estados Unidos (donde se resigna a vivir, enclaustrado en su trabajo y en su célula familiar). De paso, indiquemos que las censuras también ensombrecen la tierra de Israel, donde se le cataloga de sefardita, por hablar español, situándolo en un peldaño inferior en sus derechos para gozar la Tierra Prometida.

La figura del Judío Errante adquiere una dimensión singular a través del sujeto exiliado chileno (por la dictadura de 1973 a 1989), como si a través de dramas nacionales y decepciones utópicas, nuevamente estos actores de las utopías sociales se integran a

una espiral más amplia de la historia universal, descubriendo su destino de almas migrantes. Un ejemplo de ello es el texto autobiográfico *Rumbo al Sur, deseando el Norte. Un romance en dos lenguas* (1998), de Ariel Dorfman, que exhibe un sujeto dual, tensionado por dos lenguas (inglés y español), y dos sensibilidades (la gringa y la criolla), que se ve obligado a salir exiliado de su querido Chile, al cual había llegado siendo casi un niño. Hijo de una familia inmigrante que transita por el mapa americano con sus ideales a cuestas –sus padres van y vienen de Argentina a USA, alejándose de Perón y desde el Norte al Sur, por el mackartismo–, continúa estos viajes verticales, volviendo al Norte. Además de la marca errante, existe otra marca identitaria judía, relacionada con la memoria: nuestro personaje sabe que su destino es contar lo que sucedió (la pequeña catástrofe, eco de las otras). Su acción revolucionaria será la de dar testimonio; así, si no fue elegido para guiar al pueblo (como Moisés), es el testigo que con su palabra restituye las voces marginadas al espacio de lo cotidiano y lo trascendente.

Otro rizo de la diáspora en el ámbito del exilio político chileno es presentado en la novela (auto)biográfica *Bosque quemado* (2007), de Roberto Brodsky. Aquí, un hijo sigue los pasos a Moisés, un médico comunista exiliado, que parte a Buenos Aires y luego se instala en un poblado perdido venezolano a la espera de la renovación de su título profesional. Solo, abandonado por su mujer, es un desterrado sin grey; aun cuando el corro familiar lo cuide a distancia y el hijo sea el vínculo que entra y sale del país natal, activando también antiguas alianzas al compartir con la rama argentina de la familia (en realidad, con lo queda de ella, por la llamada Guerra Sucia de fines de los años 70). Novela también del retorno, que señala el daño que se debe soportar en esta vida en tránsito: el padre muriendo arrasado por el alzheimer (su memoria, un *bosque quemado*) y el hijo, tomando conciencia de la orfandad existencial de las generaciones más jóvenes –mundos sin utopías sociales y sin amor; con miedos instituidos y donde las cosas no están en su lugar, como en los textos de Rimsky y de Jeftanovic. Paradójicamente, aquí la huella del Judío Errante abre una expectativa de inserción en una tradición, la hebrea, que otorga nuevas esperanzas al escribiente.

Uno de los rasgos centrales compartidos en la experiencia de árabes y judíos es el



Alejandro Jodorowski



Ana Vásquez-Bronfman

prejuicio hacia ellos, que acarrea un daño simbólico que afecta y conmueve sus identidades. La turcofobia y el antisemitismo marcan estos cuerpos desde su arribo: es la cicatriz del origen, la marca épica de reconocimiento que a veces se esconde vergonzosamente; pero en otras se ostenta de modo desafiante, enrostrando así a los otros su ceguera. ¿Cómo es enunciada esta experiencia dolorosa?

A modo de broma, Chuaqui el memorioso recuerda las alabanzas que le hacían las vecinas en un barrio popular santiaguino a ese muchacho trabajador y de hermosos ojos venido de Siria: «La verdad es que usted no parece turco» (Chuaqui, 1995, p. 144). El enunciante expone las provocaciones y menoscabos en chistes, como si todo se debiera a un juego de niños. Lo común es que no dude en ponerse en situaciones tragicómicas, donde sale mal parado. Son los chascarros didácticos, breves cuentos que hacen reír a la audiencia; pero que también contienen una enseñanza: exhiben el ingenio y la entereza de este inmigrante. En Sarah, el humor es sustituido por la crueldad, y las caras alegres y optimistas por la rabia y la melancolía. Los sujetos se tornan feos, exhibiendo voces estridentes y jorobas, y cuando son apuestos y orgullosos, la comunidad chilena raya sus afiches, deformando sus facciones. Existe aquí un gesto de rebeldía, que no puede evitar cierta autocensura. Se denuncia la mirada prejuiciosa de los nativos sobre los árabes, enunciando también la sorpresa y el autocastigo que esto conlleva en los agredidos.

Finalmente, en los textos más recientes, el testimonio sobre la turcofobia tiende a desaparecer, como si el cuerpo inmigrante árabe—luego de un tiempo— haya cambiado de piel, reparándose así el daño. No es el caso judío, en el cual el prejuicio aparece incorporado como un dato que constituye a este pueblo diaspórico. Aquí, los textos paradigmáticos son los de Agosin y de Jodorowsky.

Al «turco de m...» (traducción del voiceo «cosa tenda» del muchacho ambulante, en un chascarro de Benedicto), le corresponde las frases «judía de mierda» y «judía de mierda, asesina de Cristo», recibidas por la niña Frida en el tranquilo poblado de Osorno hacia los años 30'. La rabia en Agosin es envuelta en un texto de gran poeticidad, como si la forma expresiva quisiera acunar la agresión sufrida. Siendo el catolicismo una de las fuentes del prejuicio, existe una escenificación humorís-

tica de muchas creencias populares enraizadas en nuestro suelo americano: la empleada que lleva a bautizar a la niña judía para que no le salgan cachos en la frente y el trasero; la niña que siente correr el agua bendita como si fueran orines. Humor supuestamente infantil, que va unido al humor escabroso que alude a las miserias del Holocausto: la visión de la esplendorosa dentadura de oro de la señora Schpirman, que viene escapando de un pueblo de Polonia.

Jodorowsky presenta el sujeto moderno judío como un cuerpo lleno de injertos: cuerpo quemado, a medias comido, remendado; el cual se reconstituye desde la capacidad lúdica que demuestra la tradición judía para rescatar sus ser desde la parodia de la vida humana. Cada personaje constituye un conjunto de pensamientos y emociones sobre cómo vivir la religión y cómo sobrevivir en medio de una Modernidad que juega a destruir al pueblo judío, desde el famoso edicto de 1492. Lo sorprendente en este autor es que a todo le da vuelta y lo desconstruye (comunismo, anarquismo, catolicismo), incluyendo el mundo judío. En el caso del cristianismo, tal como en Agosin, su discurso opera como un acto de identidad plena de reafirmación judía; en su caso, desde un lenguaje desenfadado que bordea la blasfemia, como en aquellas escenas donde aparece un Jesús penitente que recorre los caseríos sureños chilenos cual pícaro mendicante, enunciándose de paso una serie de chistes sobre la conveniencia del peso de la cruz.

Vivir en Chile (en la nación chilena) conlleva en estos inmigrantes un cambio en la vivencia de sus tradiciones antiguas. El espacio simbólico de la nación se abre a la experiencia inmigrante como un juego de identidades en que se amalgaman nuevos deberes que desafían antiguas prohibiciones que desde el *aquí*, se descubren como lastres. ¿Cómo ser chilenos sin negar su ascendencia arábica? ¿Cómo mezclarse con la gentilidad sin abolir el sagrado vínculo judío?

La novela de Garib se propone como una alabanza del mestizaje americano, enriquecido con las raíces del Levante. Así, paradójicamente, los matrimonios entre los hijos de inmigrantes de distintas proveniencia (alemana, española, chola) son los que garantizan una relación cultural y afectiva con el *ilibrad*; mientras que las uniones forzosas entre los de la misma procedencia levantina, además

de infelices, generan ambivalencia –recorremos–: se inventa un blasón galo. América seduce al árabe aventurero y éste funda aquí su nuevo hogar, contra la prohibición antigua de no abandonar la tierra natal y procrear con extrañas. En la serie de textos judíos, encontramos también una celebración del mestizaje en la novela *Las jaulas invisibles* (2002) de Ana Vásquez-Bronfman, desde el cruce de dos voces culturales marginadas: la indígena mapuche y la azquenazi, ambas en clave femenina. La utopía de cambio social mueve aquí los hilos de la anécdota, entrándose en polémica con tradiciones que limitan la libertad de la mujer. No en vano ya desde su título, esta novela reclama por otros límites dentro de la tradición judaica.

La ley patriarcal que asegura la subordinación de la mujer al rabino, al padre y al esposo es afectuosamente parodiada en los relatos de Sonia Guralnik y muy especialmente en su novela *Para siempre en mi memoria* (2000) que presenta de un modo patético y cómico los arreglos de los enlaces matrimoniales (con los enredos de la dote). Ahora bien, en el caso del nuevo hogar chileno, son comunes las rebeliones de las casaderas (que anhelan casarse por amor) e incluso, en el ámbito de la moral, se llega a expulsar a un rabino, por su prédica arcaica.

Miradas de mujer, miradas alternas. En los escritos judíos, la mujer aparece como la tejedora de una tradición que vuelve sobre sus pasos (la cascada de voces femeninas que aúna a Marjorie con su linaje materno), como su cuidadora pero también como virtual transgresora de prohibiciones patriarcales y también como una artista contemporánea en busca de su identidad personal. En los escritos árabes, la mujer recién comienza su entrada en escena, mostrando sus valores y su vida cotidiana, rasgando la intimidad familiar para dar cuenta de sus rabias y frustraciones.

Un comentario final sobre estas voces inmigrantes: en sus diversos registros, rescatan el sesgo popular y local de nuestra sociedad, al atraer a sus gentes desde los márgenes donde naturalmente habitan: los vendedores callejeros, como ciudadanos libérrimos en el Chile del Centenario (en Chuaqui); los andantes de las procesiones religiosas nortinas, creyentes católicos de las vírgenes andinas, confundidos con los anarquistas y comunistas que se comportan como fanáticos religiosos (en Jodorowsky). En la memoria árabe, el

buhonero subiendo y bajando los cerros de Valparaíso; en la mosaica, la extrañeza de sentirse hermanado con otros seres marginales, ocupando rincones de mínima seguridad. Para los árabes, una nueva casa; para los judíos, otro antiguo refugio; para ambos, una identidad chilena que se constituye desde la crisis, es decir, desde la posibilidad de su cambio y renovación cíclicos.

Bibliografía

- Agar, Lorenzo (2006), «Árabes y judíos en Chile: apuntes sobre la inmigración y la integración social», en Ignacio Klich (comp.), *Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos*, Buenos Aires, Siglo XXI-Editora Iberoamericana, pp. 155-177.
- Agosin, Marjorie (1994), *Sagrada memoria*, Santiago, Cuarto Propio.
- (1998), *Always from Somewhere Else. A Memoir of my Chilean Jewish Father*, New York, The Feminist Press at the City University of New York.
- Brodsky, Roberto (2007), *Bosque quemado*, Santiago, Mondadori.
- Cánovas, Rodrigo (2006), «Voces inmigrantes en los confines del mundo: de los árabes», *Anales de literatura chilena* 7, pp. 153-170.
- Cánovas, Rodrigo y Scherman, Jorge (2010), *Voces judías en la literatura chilena*, Santiago, Cuarto Propio.
- Chahín, Edith (2001), *Nahima. La larga historia de mi madre*, Madrid, Debate.
- (2004), *Fadua. La impetuosa doncella de Homs*, Madrid, Tabla Rasa.
- Chuaqui, Benedicto (1995), *Memorias de un emigrante*, Santiago, Zigzag.
- Dorfman, Ariel (1998), *Rumbo al Sur, deseando el Norte. Un romance en dos lenguas*, Buenos Aires, Planeta.
- Elkin, Judith (1998), *The Jews of Latin America*, New York, Holms and Meier.
- Garib, Walter (1991), *El viajero de la alfombra mágica*, Santiago, Fértil Provincia.
- Guralnik, Sonia (2000), *Para siempre en mi memoria*, Santiago, Ediciones B.
- Jacobs, Alicia (2008), *Raíces de arena y olivo*, Santiago, sin editor.
- Jeftanovic, Andrea (2000), *Escenario de guerra*, Santiago, Alfaguara.
- Jodorowsky, Alejandro (2005), *Donde mejor canta un pájaro*, Santiago, Random House Mondadori.

- Kabchi, Raimundo (coord.) (1997), *El mundo árabe y América Latina*, Madrid, Unesco-Libertarias-Prodhufo.
- Klich, Ignacio (comp.) (2006), *Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos*, Buenos Aires, Siglo XXI-Editora Iberoamericana.
- Mattar, Ahmad Hassan (coord.) (1941), *Guía social de la colonia árabe en Chile (Siria-Palestina-Libanesa)*, Santiago, Ahues Hermanos.
- Matus, Mario (1993), *Tradición y adaptación: vivencia de los sefaradíes en Chile*, Santiago, Universidad de Chile-Comunidad Israelita Sefaradí de Chile.
- Olguín, Miriam y Peña, Patricia (1990), *La inmigración árabe en Chile*, Santiago, Instituto Chileno Árabe de Cultura.
- Rebolledo, Antonia (1994), «La Turcofobia. Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950», *Historia*, 28, pp. 249-272.
- Rewar, Walter (1976), «Notes for a Typology of Culture», *Semiotica* 18:4.
- Rimsky, Cynthia (2000), *Poste restante*, Santiago, Sudamericana.
- Samamé, Olga (2003), «Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile», *Signos* 53, pp. 51-73.
- Sarah, Roberto (1961), *Los turcos*, Santiago, Pacífico.
- Senderey, Moshe (1956), *Historia de la colectividad israelita de Chile*, Santiago, Ydische Word.
- Vásquez-Bronfman, Ana (2002), *Las jaulas invisibles*, Santiago, Lom.

Fecha de recepción: 06/07/2011

Fecha de aprobación: 24/10/2011